

LA LUZ FLUORESCENTE

Odio con toda mi alma la luz fluorescente, y me parece que es una animadversión razonable y una manía justa.

Como casi todo artillero, cuando funciona bien, puede soportarse, e incluso se acostumbra uno a leer o trabajar bajo la especial luz de neón, que sistemáticamente trastoca colores y matices. Lo desagradable hace su aparición cuando el tubo, cansado o gravemente enfermo, comienza su larga agonía —a veces de semanas— y se oscurece, o, peor todavía, empieza a emitir zumbidos y parpadeos estertóreos.

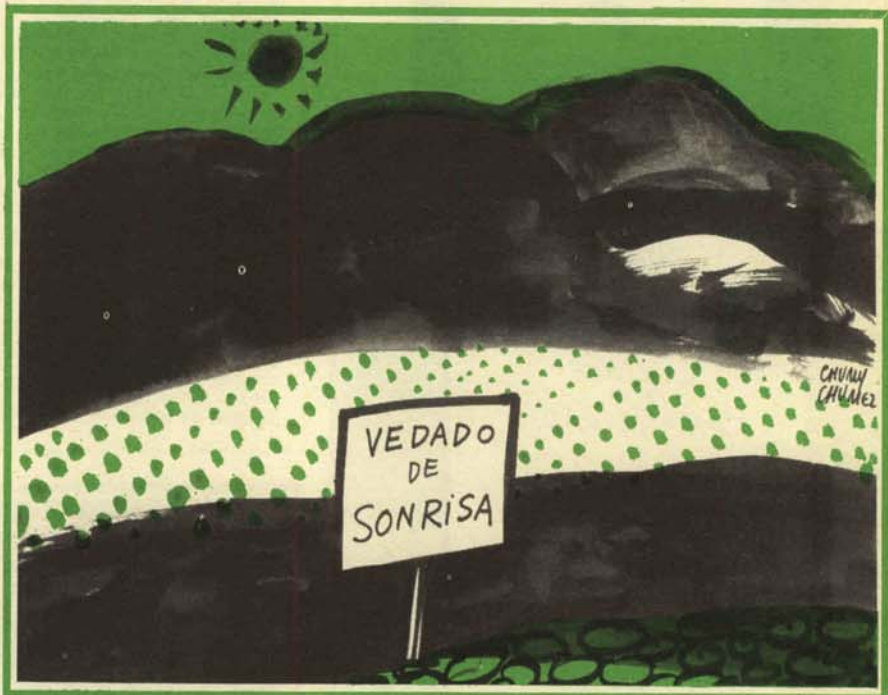
Yo pasé toda una tarde en mi despacho soportando los estremecedores latidos luminosos del nefasto artificio fluorescente y su estridente pitido, y creí volverme loco. Me puse taponos de algodón en los oídos e intenté durante dos horas trabajar sincronizando mis parpadeos con los del tubo, pero no pude lograrlo. Por último, sin concluir lo que tenía entre manos y con el sistema nervioso desquiciado por la diabólica tortura física y mental, hube de practicar, en el colmo del paroxismo, la piadosa y necesaria eutanasia de cargármelo a paraguazos.

Este es el lado trágico del tubo de neón, pero aún queda la vertiente tragicómica, de la que también podrían aducirse multitud de anécdotas estremecedoras, como ésta:

Una pareja de recién casados, a quienes conozco, vino a Madrid a pasar su luna de miel. Se alojaron en una espléndida habitación exterior de un hotel de la Gran Vía. Mis amigos iniciaron su noche de boda asomándose al grandioso panorama de la calle más deslumbrante de la capital de España. Pero su felicidad duró poquísimo. Ya en la cama, él empezó a notar que su mujer, de pronto, se ponía roja, y más tarde, amarilla, y luego, morada, y después, verde. No tardó en descubrir que enfrente del balcón había instalado un descomunal anuncio luminoso multicolor y cambiante que la teñía sucesivamente de los variados tonos de su espectro cromático. Cerró las persianas —porque es obvio que ningún hombre normal puede amar a una fuente de Buigas ni a una hembra tan ferrocamente camaleónica, virada por turno en toda la amplia gama del Kodachrome—, pero era verano, y entonces ambos acabaron rojos, esta vez de calor. Al fin tuvieron que bajar a Recepción a solicitar que les trasladaran a una habitación interior. Estaban todas ocupadas, y terminaron a las cuatro de la madrugada en un cuartucho con ventana a patio de una pensión de tercera.

Loada por siempre sea la lámpara de incandescencia de Edison.

LEO DE LIPPI



La canaria Mariquita tenía cara de infeliz; pero así, con su aire de no matar un mosquito, le había birlado el novio a la Resti, una mozueta de armas tomar, incapaz de encajar esas cosas deportivamente.

Lo malo es que Mariquita no podía volver a su casa sin pasar delante de la de Resti, quien una tarde salió al paso y la dio una tunda que rianse ustedes de Urtain. Mariquita, ya digo, era muy poca cosa, pero contaba como guardaespaldas con Urbana, su hermana mayor, más garrida, si cabe, que la Resti.

Desahogarse Mariquita (toda hipido y gimoteo) en el hombro de Ur-



CRONICA DE TRIBUNALES

QUIEN LA HACE, LA PAGA

EL CASO DE LA GANARIA JURAMENTOSA

bana y correr ésta como una exhalación a casa de la Resti, fue todo uno. Y allí, desde la calle, y a voces desahoradas, organizó un festival que sirvió de regocijo al vecindario.

Sin hacer mucho honor a su nombre, le dijo la Urbana a la Resti que «era una puta y una cabra» (sic.),

que hasta su propio hermano (el de la Urbana) «la había montado» (sic.) y que se «le habían montado hasta los negros» (sic.).

Al parecer, esta imputación de pecado racial causó desbordante escándalo entre la vecindad, sacando de quicio a la Resti. Empero, no respondió

a su ofensora con voces análogas, ni bajó a sacudirla, como hiciera con la hermana menor. Cuestión de busilis, por lo visto.

Pero sí interpuso querrela por injurias, consiguiendo de la Audiencia una condena contra la Urbana, que fue desterrada por año y medio fuera de la localidad (sin poder acercarse a menos de 25 kilómetros), y a la que se impuso también una multa de 5.000 pesetas. Recurrió la Urbana, sin resultado, ante el Supremo, y hoy, lejos de su ciudad, dicen que, arrepentida, se pasa el día enjuagándose la boca con hexaolorofeno.

JUSTINIANO

